LO QUE EN VERDAD ES EL



NACIONAL SOCIALISMO

Los fundamentos ideológicos y espirituales
del Nacionalsocialismo están ligados
completamente al Cristianismo.

(Compilación de varios historiadores)

1ª Edición Abril 2011

Impreso en México

PRÓLOGO

Por **Salvador Borrego E.**

La historia oficial dispone de todos los medios. Desde folletos, libros, televisión, cinematografía, prensa, universidad, etc., en los que unánimemente se condena al Nacional Socialismo. Pero nunca se dice en qué consiste su ideología, tan lejana al comunismo como a la presunta derecha.

Consecuentemente, este es un libro insólito porque especifica los diversos componentes del N. S., a través de historiadores tan acreditados como Landemer, Goerlitz, Engelmann, José Mª Hernansáez, Romanescu, Deschner, el General Fuller, Dinitia Smith (The New York Times), y otros.

Es un libro muy útil para los que atacan al “nazismo” sin saber exactamente en qué consiste. Y también para todos aquellos que desean conocer los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, todavía objeto de la desinformación.

En esta minuciosa compilación figuran 77 preguntas y respuestas sobre el Nacional-Socialismo. Naturalmente, también hay un capítulo con 64 preguntas y respuestas acerca del “Holocausto”.

En suma, es un libro que abarca todos los ángulos de lo que no es y de lo que sí es el Nacional-Socialismo.

I

LAS S.A. SURGEN COMO UN GRUPO DE PROTECCIÓN EN CONTRA DE LOS AGRESORES

"Kinder, geniesst den Krieg,
der Friede wird füchterlich".

"Niños, disfrutad la guerra,
la paz será terrible".

(Proverbio de los voluntarios de la
Waffen-SS durante la campaña de Rusia).

La Bandera de la Sangre

—*Stillstehen!* (¡Firmes!)

La voz del antiguo cabo Adolf Hitler restalla como un latigazo. Cuarenta y cinco taconazos suenan al unísono. Ni siquiera llegan a cincuenta los valientes (veteranos del frente, estudiantes, empleados y parados) dispuestos

a proteger la reunión de propaganda del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán.

Este 4 de noviembre de 1921, los responsables del Movimiento han alquilado la sala de fiestas de la *Hofbräuhaus*, en Munich.

Para ellos, ésta es en cierta manera una sala histórica. Bajo estas bóvedas falsamente góticas, entre el estrépito de las jarras de cerveza al chocar con las mesas de blanca madera, el 24 de febrero de 1920 se celebró la reunión fundacional del Partido. Adolf Hitler habló allí durante cuatro horas para exponer los veinticinco puntos de su programa. Y, sobre todo, para anunciar que él no dirige un Partido como los demás. Un fulgor extraño arde en los ojos azul oscuro de este joven de treinta años. Ha venido a traer el fuego, y posteriormente escribirá:

"*En su llama ardiente se forjará un día la espada que devolverá al Sigfrido germánico la libertad y, a la nación alemana, la vida*". [1]

Más de dos mil espectadores, entre los cuales predominaban los adversarios y los escépticos, fueron entonces conquistados por este orador que luego aparecerá tanto como un profeta, cuanto como un político.

Tras ello ha llenado salas enteras, teniendo dos o tres reuniones por semana y echando el resto al alquilar el

---

[1] *"Mein Kampf"*, traducción exacta de la edición íntegra, "La Defensa Francesa", París, sin fecha.

enorme *Circo Krone*, donde los asistentes tuvieron que apiñarse hasta en la pista.

Extraña embriaguez para este soldado vencido al ver que seis mil quinientas personas se ponían en pie al final de su discurso y cantaban al unísono el *Deutschland über alles*, canto con el cual, con los jóvenes voluntarios del *Regimient List*, había saludado su bautismo de fuego en Flandes, al alba de una noche fría y húmeda del otoño de 1914.

Esta noche se halla de nuevo en la *Hofbräuhaus*, pero en esta velada hay que evitar que Hitler hable. Al menos eso es lo que han decidido los "rojos" comunistas y socialistas marxistas. La sala está ya abarrotada mucho antes de las ocho de la tarde. La llenan sobre todo los adversarios, y muchos partidarios suyos han encontrado las puertas cerradas por la Policía. Ellos esperan fuera, en la fría noche de noviembre, en la *Platzl*.

Han podido entrar, con los organizadores de la reunión, los cuarenta y cinco muchachos del servicio de orden que acaban de ponerse firmes en el vestíbulo. Se precisa una actitud de soldado para oír lo que Adolf Hitler quiere decirles:

— *Camaradas míos, esta noche será cuando probaréis vuestra fidelidad al Movimiento...*

Le miran todos. No son más que un puñado. Presienten ya lo que el *Führer* dirá un día ante centenares de miles de camisas pardas en el estadio de Nuremberg: *"El milagro es que yo os haya encontrado y que vosotros me hayáis encon-*

trado a mí”. Esta noche, habla ante el más pequeño auditorio de su carrera de agitador:

—Pase lo que pase, ninguno de vosotros tiene que abandonar su puesto. Yo seguiré en la sala hasta el fin. No puedo creer que uno solo de nosotros pueda abandonarme.

Las mandíbulas se crispan, los puños se aprietan y las miradas se clavan en los ojos de este hombre que han elegido como jefe, en un juramento mudo que ninguno ha de traicionar.

—Al que vea que se porta como un cobarde, yo mismo le arrancaré el brazalete y le quitaré la insignia.

La palabra ha sido dicha: el honor. Por un pedazo de tela roja o uno de metal ornado con la cruz gamada están dispuestos a hacerse matar... Pues Adolf Hitler concluye diciendo:

— *Intervenid a la primera tentativa de sabotaje. Y acordaos de cuál es la mejor forma de defensa: el ataque.*

Él repite una vez más con voz silbante la palabra *Angriff!* (al ataque), luego, bruscamente, tiende el brazo derecho en el gesto de saludo que él mismo ha elegido para su movimiento:

—*Sieg!* (¡Victoria!)

Tres veces responden ellos *Heil!*, con una voz más áspera y ronca que de ordinario.

Y entran en la sala de la *Hofbräuhaus*, donde el humo de los cigarrillos forma una especie de bruma. Adolf Hitler piensa, un instante, en aquel gas mortal que le quemara en tiempos de la I Guerra Mundial los ojos. Hay un olor pesado a sudor, cerveza y tabaco. Y luego, inmediatamente, los gritos:

—*Puerco... Vamos a acabar contigo... Esta noche te haremos cerrar el pico... ¡Asesino fascista!*

Los rojos están convencidos de ser los más fuertes. Se remueven en sus bancos, blandiendo sus jarras de arcilla, timbradas con la corona de la *Hofbräu*. Esa *Stein* (piedra), como la llaman en Munich, puede convertirse en un arma muy temible.

Adolf Hitler sube a la mesa que sirve de estrado. Lleva su vieja guerrera ceñida a la cintura y toma aliento antes de lanzar la frase habitual del comienzo de sus discursos:

—*Hombres del pueblo alemán...*

Allí están ellos, los hombres del pueblo, sentados o de pie, apretados, fuertes. Vienen de la fábrica Maffei, de la planta de contadores Isaria o de la Kustermann. Terminada su jornada de trabajo, han venido a la *Hofbräuhaus* para limpiar la ciudad de Munich de la "chusma nacionalista". Extendiendo los brazos, Hitler puede tocarlos. Algunos hasta se han sentado en la mesa que le sirve de estrado. Piden incesantemente cerveza y alinean las jarras vacías ante ellos. Los proyectiles están preparados. Pero esperan alguna señal.

La magia del verbo. Durante hora y media dejan hablar a Hitler. A veces, hay alguna interrupción. Pero este hombre, con su voz quebrada, en la que se percibe el acento austriaco, arde con tal fuego que muchos hubieran querido oírle hasta el fin.

El jefe del Partido Nacional Socialista cree que, una vez más, ha ganado la partida. Él siente que el auditorio vacila ante sus llamamientos. Va a salirse con la suya... Pero, con el rabillo del ojo, vigila a los agitadores que van y vienen por la sala dando sus consignas de mesa en mesa.

Algo va a pasar. Los jefes rojos no pueden tolerar que resuene esta voz que habla de la patria alemana como puede hacerlo un obrero o un soldado. Es necesario quebrarle. Inmediatamente, antes que sea demasiado tarde. Antes de que las masas se entreguen a este desconocido salido de la multitud.

Un hombre se sube a una silla y lanza un breve grito:

—*Freiheit!* (¡Libertad!)

Ésta es la señal. La gente se abalanza hacia el estrado. Las jarras vuelan. Las sillas son quebradas para hacer de ellas palos. Salen a relucir los cuchillos.

Suenan fuertes gritos:

— *¡Muerte! ¡Muerte!*

Entonces, el servicio de seguridad da la orden de carga:

—*Vorwärts!* (¡Adelante!)

Adolf Hitler, que sigue en su sitio, domina el tumulto. No puede menos que sonreír. De haber sido una reunión del partido burgués, esta finalizaría inmediatamente, y él se encontraría en la calle, con el rostro ensangrentado. Pero el Partido Nacional Socialista no es un partido burgués. Responde a los golpes con golpes.

Sus hombres se forman en grupos de ocho o diez y se lanzan en un solo impulso sobre la masa compacta de sus adversarios dando puñetazos, cintazos y silletazos. Corre la Sangre. Redoblan los gritos. A la cabeza de la cuadrilla va el secretario particular de Adolf Hitler, el fiel Rudolf Hess, antiguo piloto de guerra. Se distingue su cabeza, de oscuros cabellos rizados y grandes cejas muy pobladas, que a veces se lanza sobre un rojo, como para destrozarlo con su cráneo.

Hasta los heridos vuelven al asalto. Veinte minutos de lucha. Los perturbadores son rechazados lentamente hacia la salida entre sangrientos vaivenes. ¡Setecientos u ochocientos hombres van a ser expulsados de la sala por un equipo que no llega ni siquiera a cincuenta buenos mozos! Pero esta noche, en la *Hofbräuhaus*, cada uno de ellos cree ser un Sigfrido...

Dominando el tumulto, suenan dos pistoletazos. ¿Se trata de una nueva señal? Les sigue un breve tiroteo. Un hombre grita:

—*Esto ya no es una trifulca... ¡Esto es la guerra!*

Parece que una granada ha estallado en la sala. Todo ha quedado devastado; pero ya no queda ni un solo perturba-

dor. A los heridos graves se los llevan en coche. Los menos perjudicados son vendados y retornan a sus puestos. El público se aprieta en derredor de la tribuna. Hermann Esser, que preside la reunión, declara con voz imperturbable:

—*La velada continúa. El conferenciante tiene la palabra.*

Y Adolf Hitler prosigue su discurso.

A partir de esta velada del 4 de noviembre de 1921, el servicio de orden del Partido Nacional Socialista pasa a denominarse la *Sturmabteilung* (sección de asalto) o SA.

* * *

Los comunistas integraban un partido de masas, tenían milicia propia bien armada, la Liga de Milicianos del Frente Rojo, contaban –así se creía por lo menos– con la prohibición y estaban preparados para la resistencia e incluso para una guerra civil.

Al igual que otros partidos, el socialdemócrata contaba con un grupo paramilitar –el "Frente de Hierro"– y reclutaba jóvenes dispuestos a luchar contra los nazis.

Esperaban y estaban convencidos de ello, que Hitler fracasara pronto en sus planes económicos.

Algunos políticos del partido, como Carlo Mierendorff, Theodor Haubach y Julius Leber, tomarían parte más adelante en conspiraciones militares contra Hitler que culminarían en la del 20 de julio. [1]

---

[1] *Waffen S.S.*, H. Landemer. Ediciones Ojeda. Barcelona. 2008.



En 1918 terminó la 1ª Guerra como cabo. Quince años después era el Primer Ministro de Alemania.



Al llegar Hitler al poder, Alemania tenía seis millones de desempleados.

II

LA EMBRIAGUEZ DEL ENTUSIASMO

Por **Walter Görlitz**

Walter Görlitz rememora la embriaguez del entusiasmo que llenó los años del régimen tras la conquista del poder por Hitler.

"Señor, ya ves que hemos cambiado". Aquella oración se difundió, a través de los altavoces, por toda la explanada de *Tempelhof*, abarrotada de gente. "El pueblo alemán ya no es el pueblo de la deshonra, de la vergüenza, de la humillación, del desaliento y de la pusilanimidad. No Señor, el pueblo alemán ha vuelto a ser el de la voluntad de hierro, el de la perseverancia inconmovible, resistente en el sacrificio. Señor, no nos separamos de ti. Bendice nuestra lucha por la libertad, bendice a nuestro pueblo y a nuestra patria..."

La batalla del trabajo comienza con la construcción de autopistas

Todo es lucha por una victoria sobre el enemigo, en este caso el paro que mantenía sin salida alguna a millones de alemanes. El 1 y el 27 de junio de 1933 se aprueban las leyes básicas para encauzar la lucha contra aquel "enemigo": la ley para la reducción del paro y la ley de constitución de la empresa encargada de construir las autopistas del Reich.

Aprobación de un programa de construcción de viviendas, liberalización fiscal para las nuevas fábricas y negocios; protección al trabajo de la mujer, préstamos a los jóvenes matrimonios como ayuda familiar, y facilidades de acceso a determinados bienes de consumo, por ejemplo, los coches.

Algo semejante se decide en relación con la agricultura, que sufría las consecuencias de unos precios congelados y de una casi completa descapitalización. Para ello se promulga la ley sobre Formación del Patrimonio Agrario y se constituye el Departamento de Alimentación del Reich. De esa forma el pequeño campesino y el gran propietario agrícola les aseguraba la cobertura de los precios de producción.

¡ Al fin se ve algo !

Al fin se ve algo: éste era el gran estímulo de las masas. En definitiva no era poco que, a finales de 1933, trabajasen ya dos de los seis millones de parados que había en el país.

La masa, el hombre minúsculo, había adquirido una conciencia singular del propio valer. Una multitud, sobre todo la llamada "gente menor", pasaba a ocupar puestos de cierta responsabilidad dentro del partido, que se ampliaba a toda prisa.

Los obreros tenían derecho a vacaciones pagadas y debía facilitárseles acceso a los bienes de la cultura alemana. El "Frente del Trabajo" concibió muy pronto la creación de un organismo dedicado a ocupar el tiempo libre de los trabajadores —"Fuerza por la alegría"— con representaciones teatrales, conciertos, deporte y viajes de vacaciones. No existían antecedentes de tal organización ni en el "reaccionario" Imperio del Káiser ni en la democrática República de Weimar.

Las masas podían al fin comprender la obra que se estrenaba en el escenario, o leer periódicos y revistas. Hasta entonces aquello era privilegio de esnobs o de intelectuales que frecuentaban las salas de espectáculos o eran asiduos a las columnas de determinada prensa social.

"Al fin se puede ir por la calle de noche sin temer nada", decía un comentario muy extendido. La seguridad había vuelto al país, se podía vivir con tranquilidad. 14 de julio de 1933.

De este modo subrayaba el Tercer Reich los logros al comienzo de su historia: mediante el recurso a algo que no todos veían. La República de Weimar había estado seriamente amenazada por la lucha de clases, por el parlamentarismo y el federalismo e incluso por el bolchevismo.



Texto del cartel:

En 8 meses 2.250,000 compatriotas han recibido trabajo y pan.

¡Eliminad la lucha de clases y a sus partidarios! ¡Aniquilad el bolchevismo! ¡Superad el complejo de pequeño Estado!

¡Construid un Imperio de orden y de limpieza!

Un pueblo—

Un Reich—

Un Führer—

¡Estos son los poderes del gobierno de Hitler!

Hitler quiere: ¡La igualdad ante la ley y una paz honorable! ¡El honor de Alemania es tu propio honor! ¡El destino de Alemania es también tu propio destino!

¡VOTA ASÍ!

ELECCIONES PARA EL REICHSTAG

ADOLF HITLER Y SUS LEALES